

# Una rubia en apuros

Graeme Macrae Burnet disfraza de 'true crime' este absorbente 'psico thriller' protagonizado por una mosquita muerta que quizá no es quien dice ser

La faja promocional de *Caso clínico* (Impedimenta) nos la vende como un "noir de aires hichcockianos". Y sí, claro que eso es apuntar muy alto, y sí, claro que las fajas promocionales por lo general exageran pero en este caso el eslogan no solo es ajustado sino que sirve para estimular una lectura más atenta. El lector se lanza así a un rastreo en busca de esa posible influencia, de préstamos, homenajes o guiños a sus películas. Por ejemplo, uno cree reconocer toques de *Vértigo*, o de *Marnie la ladrona*, *Rebecca* y hasta de *Psicosis*. No es solo el suspense, claro, ni que compartan temas o arquetipos, también la puesta en escena, el enfoque psicoanalítico, la escalada en el nivel de paranoia, las atmósferas cada vez más viciadas...

La cosa es que Graeme Macrae, en cuyo historial hay antecedentes de este tipo de piruetas, se empeña en que ha 'recibi-

do' unos diarios que un desconocido, lector de sus novelas, ha encontrado entre viejos papeles familiares. La autora de esos cuadernos, escritos en un tono más cercano a una confesión, los ha empezado para dejar constancia de sus averiguaciones.

Porque alberga una terrible sospecha y está decidida a llegar hasta el fondo de las inexplicables circunstancias que rodean la muerte de su hermana. Reconoce haberse hecho pasar por otra persona y haberse citado con el psiquiatra que la trataba y que, ella cree, puede haberla inducido al suicidio.

Intrigado por lo que tiene entre manos, y alertado por su aparente verosimilitud, Macrae se



incorpora a la historia para poner en marcha su propia investigación. Un completísimo informe sobre el fascinante y digamos heterodoxo doctor Braithwaite, el psiquiatra en cuestión, una especie de pionero que llegó a alcanzar cierto grado de celebridad por libros como *Antiterapia* o el muy escandaloso *Kill your self*, voluntariamente ambiguo ya desde el título, 'Mata a tu yo', pero también 'Suicidate'.

Macrae utiliza 'su' parte para explorar una temática también muy hitchcockiana: los distintos niveles del yo, nuestros múltiples *alter ego*, los motivos y procesos por los que adoptamos identidades prestadas, personalidades escindidas, proyecciones fantasmales sintomáticas de una profunda insatisfacción. Sugestionados, como ya se ha dicho, por la faja, imaginamos a la protagonista con el físico de Tippi Hedren o de Kim Novak, pero ni aun así conseguimos simpatizar con ella. Dudamos



*Caso clínico*, el último libro de Graeme Macrae, se vende como un "noir de aires hichcockianos"

de su fiabilidad y desde el primer momento notamos que hay algo que no acaba de encajar, que se nos está omitiendo.

La estructura es enrevesada, pero canónica en su complejidad. Macrae alterna 'su propio' texto con el mencionado manuscrito, que funciona con una lógica interna diferente y a su vez sigue el esquema de las

muñecas rusas. No faltan los *flashbacks* explicativos ni los giros de guion. Incluso hay alguna vuelta de tuerca que va más allá de lo razonablemente verosímil, sin embargo Macrae consigna que la trama apenas se resienta y el lector vaya devorando páginas como un hipnotizado.

Miguel Artaza

**No es la primera vez que Graeme Macrae juega a completar un supuesto manuscrito que llega a sus manos por casualidad**

# Poetas muertos

Luis y Ana Mei son un par de letraheridos que compensan su desarraigo con un cierto exceso de sensibilidad artística

Luis, el protagonista de la última novela de Jokin Muñoz, es un tipo más bien esquivo y hasta encerrado en sí mismo que en el trabajo vence su timidez disfrazándose de John Keating, aquel profe de literatura carismático e inspirador que interpretaba Robin Williams. Luis es progre, medio vegano y cultueta, y da clases en un instituto en el que, si bien los chicos no recitan a Whitman subidos a los pupitres, sí que improvisan traducciones y protagonizan encendidos debates en torno a poemas de Anna Ajmátova. Luis es un buen profesor, un verdadero entusiasta que además "dinamiza" clubes de lectura y siempre se ha considerado más poeta secreto que frustrado.

Originario de San Sebastián, lleva décadas instalado en Madrid. Huérfano desde que tiene memoria, criado por unas "tías viudas conservadas en formol". *Euskaldun zaharra* pero licenciado en Filología Hispánica, en su juventud tuvo cierta familiaridad con el entorno más radical, incluso cercano a ETA, personas que hoy ocupan puestos de responsabilidad en el Gobierno Vasco.

De hecho la primera escena de *Sin tocar el suelo* (Galaxia Gutenberg) transcurre en el Kursaal durante la inauguración del Festival de Jazz. Allí, uno de esos 'reciclados', un tal Gartzia recién nombrado consejero de Cultura, recibe una nota con lo que parece un enigmático haiku que va poner en marcha todo un



Jokin Muñoz vuelve a la narrativa tras años de silencio

mecanismo de viejos recuerdos y vidas pasadas: "*Begien bustiak salatzen du ezinaren mina, / espain estu itxiak garrasiaren itoa bezala*".

Aunque central para la construcción del personaje de Luis, no es esta antigua vida el motor del relato, que tiene mucho más que ver con la relación que mantiene con su nieta adoptiva. Ana Mei, de rasgos chinos (aunque su origen, insiste Luis, sea Chamberí), es una adolescente conflictiva e impresionable que canta y escribe las letras en un conjunto *indie* donde "desvela

su pródigo puzle interior de vicencias y sentimientos" en "paradigmas sonoros" que "persiguen construir belleza y conmovir a partir de la desnudez".

Los dos viven la poesía como forma de resistencia y los dos, como se ve, encuentran en la escritura un instrumento con el que protegerse, poner a salvo su verdadera sensibilidad. Unas pocas líneas en las que vuelcan un sentimiento de desarraigo, de insondable frustración que no compartirían con nadie. Vamos, que se la pasan emborro-



nando papelitos, batallando con la pena y los endecasílabos. De hecho sospechamos que, si se llevan tan bien, es precisamente por la excesiva importancia que conceden a la retórica. Los dos parecen aquejados de un cierto bovarismo que los termina por hacer un poco víctimas de su vocación.

Muñoz nos explica que una enorme parte de lo que somos tiene que ver con el idioma que hablamos. Nos identificamos, por tanto, con nuestra lengua materna, y si esta se pierde, cabe preguntarse qué queda de nosotros. Quizá por eso los escasos chispazos de genio, tanto de Luis como de Ana Mei, son más bien hallazgos, préstamos, traducciones afortunadas o derivaciones de versos ajenos.

M. A.